

lindes olvidadas: en torno al centro se abría un anillo intermitente de descampados, solares vacíos y edificios en ruinas, como un decorado de cartón piedra que hubiera sido abandonado a toda prisa por sus figurantes. Allí conocí la peculiar densidad del silencio inglés: a escasos metros de una calle comercial y bulliciosa se abrían callejas y descampados donde la quietud pesaba en la piel. La ciudad anglosajona carece de orden visible: es una yuxtaposición, un mosaico de piezas disímiles y encajadas con violencia. El resultado es opresivo pero sugerente: el vacío que lo recorre invita a la imaginación, pide del paseante que lo complete con unos pocos elementos de su cosecha. Recuerdo la facilidad con que Sheffield (hablo de los primeros tiempos) se prestó a la ficción del verso. Su alta gradación escenográfica alimentaba mi curiosidad de extranjero, la distancia del espectador no implicado en lo que ve.

En los ocho años que ha durado mi estancia Sheffield y Leeds han dado pasos de gigante: se han derribado los viejos bloques de hormigón, se ha reducido el número de coches en el centro del casco urbano, se han remodelado edificios y construido otros (más modestos) sobre los antiguos solares, incluso se han concedido nuevas licencias para la apertura de bares y restaurantes. Las nuevas corporaciones han aprendido de sus errores y han impulsado una arquitectura a escala humana, que invita al paseante a demorarse e incluso, si el tiempo acompaña, a recalar en una de las múltiples terrazas que empiezan a decorar el verano inglés. La primera mañana de mi visita a Sheffield caminé hasta el centro y me asombró la proliferación de bares y cafeterías de diseño, la multitud despreocupada que atestaba las tiendas y los restaurantes. Recordé mis viejas dificultades para encontrar un café decente y hallé liberador (y un punto irritante) el cambio. Las viejas divisiones no han desaparecido pero la ciudad comienza a no servir de metáfora o correlato explicativo.

Viajé a Inglaterra sospechando un desastre inminente. Las noticias a lo largo del otoño no habían sido buenas: inundaciones reiteradas, huelgas de transporte, hospitales saturados. Los retrasos en los trenes que llevan al Norte han alcanzado tal regularidad que se me aconsejó firmemente no volar a ninguno de los aeropuertos londinenses. Tan negro imaginé el panorama que casi me defraudó encontrarme con las muecas de paciente indiferencia de siempre. Había olvidado que el inglés medio soporta en su país lo que no soporta en ningún otro. Por lo demás, la quietud fantasmal de las calles y los andenes me devolvió íntegra la extrañeza de mi primera visita. Ocho años no me han hecho menos extranjero. Pero han logrado, como descubro al revisar estas páginas, que pueda hablar como un extranjero de ciertos lugares de mi imaginación.

LECTURAS



Marzo 1928

EN ESTE NÚMERO empieza a publicarse *Cartucheros*, la preciosa novela de *Arturo Reyes*; *Concha Espina* cuenta su vida; se reproducen interesantes fotografías de *El mi hombre*, la tragicomedia de *Carlos Arniches* convertida en película; y se insertan bellos cuentos y otros trabajos literarios de *Amicis*, *Pardo Bazán*, *Calonero*, *Borja*, *Sera Lusa*, *Martín*, *Dimasillo*, *Gómez de la Serna*, *Raúl*, *Ángel*, *O. Henry*, *Ramón*, etc. etc. Fotografías. Historietas. Caricaturas.